

EL HOMBRE UNIVERSAL

José Antonio Soto Rodríguez

Los movimientos sociales en Latinoamérica en la actualidad. Alcances y perspectivas de sus proyecciones sobre el poder

Los movimientos sociales en América Latina han tenido una presencia más activa a partir de la década del 90. Se han caracterizado por enfrentarse a tareas específicas, que tienen en lo comunitario su base fundamental de acción. Sus acciones han estado encaminadas a la crítica y solución, en sus propios contextos, de los problemas referidos a los derechos humanos, sindicales, étnicos, ecológicos, vecinales, de género, hábitat, educación popular, salud comunitaria, comunicación alternativa, el problema de la tierra, la defensa de las identidades locales y el derecho de las comunidades indígenas.

Es un hecho cierto que la mundialización actual, en particular, su afectación para América Latina, exige pasar a una nueva fase de articulación entre las diversas fuerzas de resistencia, y a una convergencia estratégica que posibilite el plantearse objetivos

comunes e integrar políticas y tareas para encarar de conjunto, sin por ello perder las identidades propias de cada organización.

La problemática del neoliberalismo, vinculada a procesos de privatización de los sectores productivos y de los servicios, trajo por consecuencia una reestructuración del tejido social, y ha afectado notablemente la fuerza que tenían las centrales sindicales en los países latinoamericanos, y su capacidad movilizativa como sujeto del cambio, mientras que el crecimiento del trabajo informal y el empobrecimiento masivo, entre otros, han dificultado la conformación de actores colectivos.

Ello explica por qué se han generalizado los comportamientos centrados en la sobrevivencia privada y familiar, y el porqué estos movimientos sociales, han tenido una proyección tendiente más a lo micro que a lo macro. Si se puede hablar de un pensamiento renovado y original de estos movimientos sociales, es por su visión antiautoritaria, que ha construido nuevos sentidos de interpretación de la democracia popular y su construcción en la acción práctica. Por eso despunta la concepción de un ideal de sociedad civil robustecida y autónoma del Estado y de los partidos tradicionales, con énfasis en el desarrollo de modelos participativos que potencian la autogestión.

Emir Sader valora el proceso de ascenso de los movimientos sociales. Ha señalado con acierto que:

El fortalecimiento de nuevas agrupaciones de la derecha, la difusión de las ideologías neoliberales, el aislamiento de los sindicatos y de las fuerzas de izquierda que resistieron. En este contexto, los debates se dirigieron hacia el cambio de fase, particularmente hacia la naturaleza y consecuencias del neoliberalismo, así como hacia las dificultades para luchar contra ese nuevo modelo hegemónico del capitalismo en escala nacional y mundial. Las formas de resistencia más eficaces al nuevo modelo hegemónico provinieron más de nuevos movimientos sociales, que de las luchas directamente políticas y, en particular, de las protagonizadas por partidos políticos.¹

¹*Las notas aparecen al final del artículo

La ampliación de la resistencia como consecuencia de la mundialización de la economía capitalista, ha implicado la proyección de un sinnúmero de movimientos sociales diversos, cada uno de los cuales, en función de sus problemáticas, proyecta sus luchas por resolver los micoproblemas, sin un enfoque de totalidad social, de ahí su autorrestricción. Así existen los representantes del movimiento feminista, los ecologistas, los indigenistas y los que defienden las identidades culturales de nuestros pueblos, a través del rescate de tradiciones con el desarrollo de proyectos culturales muy concretos.

El desafío mayor de estos modelos en la actualidad es superar su autorrestricción, dado por el carácter micro y local de sus propuestas, que provoca una escisión entre lo local y lo global y entre lo social y lo político, en los momentos en que el imperialismo norteamericano y todas las fuerzas reaccionarias en América Latina desarrollan una política neoliberal. Para superar esta limitación, estos movimientos deben pasar de una estrategia defensiva a una estrategia ofensiva, que transforme su carácter autorrestringido en uno capaz de influir en las estructuras de poder, para constituir las en un poder real junto a otras fuerzas de izquierda.²

Algunos pensadores de izquierda, defensores de la idea del abandono del poder político, se han dejado confundir con uno de los grandes mitos propagandísticos de la burguesía durante los años 90. Es la teoría que afirma que los Estados tienden a desaparecer porque van a ser suplantados por un supuesto "gobierno mundial", que sería la ONU y otras instituciones internacionales, por una especie de alianza de corporaciones transnacionales, que manipulen a los gobiernos peleles y a los Estados debilitados, o por una inexistente e imposible "sociedad civil mundial". Esta propaganda dispone de tantas variantes como sea necesario, para ocultar el impresionante papel interventor del Estado burgués en las esferas socioeconómica, política y cultural en la actualidad.

La proyección fundamental de los movimientos sociales está dada en renunciar a tomar el poder político. Estos pensadores sustentan su concepción en la idea de que en la actualidad latinoamericana, la política se subordina cada vez más a la economía, la cual convierte los aparatos estatales nacionales en cáscaras vacías.

A partir de estos factores, llegan a las conclusiones de que la toma del poder carece de significación, que es una imposibilidad histórica, y que hay que pensar en una liberación desde otras perspectivas.³

Lo que no alcanzan a comprender estos pensadores es que hay que utilizar la vía que sea más propicia, dadas las condiciones concretas de cada lugar y la conjugación de los factores internos y externos, es decir, ya sea la vía armada o la electoral. La toma del poder constituye una necesidad insoslayable para llevar a vías de hecho las transformaciones necesarias en las estructuras socioeconómicas, sociopolíticas y socioculturales vigentes hoy en América Latina. Se trata de cambios del sistema capitalista actual, sin los cuales no hay posibilidad para la emancipación y la libertad verdaderas.

La necesidad de construir, desde la base, un verdadero poder en el que los sujetos tengan decisión en las políticas y en sus roles por desempeñar constituye hoy un desafío. En eso, los zapatistas y el Movimiento sin Tierra de Brasil han marcado pautas acerca de cuáles deben ser las tareas por desarrollar desde la base, para crear la subjetividad para el cambio y para la liberación real de la opresión. Pero eso no basta, hay que trazar rutas más amplias y de mayor comprometimiento con todas las fuerzas de izquierda para conquistar el poder político, consolidar el trabajo en la base y posibilitar el cumplimiento de los programas.

En Ecuador y México, los movimientos indigenistas han llegado a ser fuertes, porque articulan sus demandas en función del reconocimiento de sus derechos ciudadanos y la solución de los problemas de la tierra, el empleo, la educación y el respeto a sus identidades culturales; sin embargo, los mismos nacen lacerados por el localismo, y no integran sus demandas a problemas más generales que afectan las naciones latinoamericanas.

La crisis económica que vive Ecuador por la aplicación de las políticas neoliberales y de desgobierno de la derecha, caracterizada por la corrupción, la venta de los recursos nacionales, el déficit fiscal, la deuda, el creciente aumento de los intereses, la no retribución salarial a sectores clave como el magisterio y los médicos, la congelación de los depósitos bancarios, el aumento del desempleo, los recortes del presupuesto y de la seguridad social, y el déficit de las ayudas sociales a los necesitados, conllevaron a aumentar el descontento generalizado de la sociedad civil, en particular, de aquellos sectores más afectados por las medidas tomadas: los desocupados y los indígenas, discriminados en todos los órdenes y explotados al máximo en los trabajos más fuertes y poco remunerados.

El levantamiento indígena masivo y a escala nacional ha constituido

una nueva forma de rebeldía en la historia ecuatoriana. Hasta los noventa, la misma se había manifestado como luchas obreras en las que los sindicatos tenían una presencia considerable, y no tomaban en cuenta las luchas indígenas. A partir de la década del noventa, la ocupación de la iglesia de Quito, seguida por las acciones indígenas a lo largo y ancho del país, marcaron el inicio de confrontaciones sociales y políticas del movimiento indígena. De ello son prueba los levantamientos de las nacionalidades amazónicas en reclamo del reconocimiento de sus territorios en 1995, las luchas contra la privatización del seguro social en el 1996, y contra la ley de exclusión agrícola que privaba a los indígenas de sus tierras.

El movimiento indígena ecuatoriano ha crecido, y se ha organizado mejor a partir del 2000. Entre ellos, los más destacados son la Confederación de Nacionalidades Indígenas (CONAIE) y el movimiento indigenista *Pachakutik*, que llegaron a tener una presencia en la capital al constituirse en congreso de mayoría indígena, lo que provocó la caída del gobierno de Jamil Mahuad y de Lucio Gutiérrez, este último, traidor de los intereses populares que lo habían llevado al poder.

A pesar de la conciencia organizativa y política del movimiento indígena, y el incremento de su actuación en las luchas económicas, sociales y culturales por ser reconocidos como una fuerza por su mayoría en la conformación social ecuatoriana, el movimiento tiene una proyección reformista por la manera de concebir el problema del poder, ya que lo descalifican, no se lo plantean como un objetivo por alcanzar en su proyecto. Para ellos, el Estado es sinónimo de represión, de dominación, de corrupción, de desgobierno y ajeno a sus intereses como comunidades que reclaman el respeto a su autodeterminación. El concepto de unidad nacional para ellos no es admisible, ya que lo que reclaman es la plurinacionalidad, el reconocimiento al otro, distinto de la comprensión de nacionalidad ecuatoriana como una totalidad, vista en la fusión del elemento blanco e indígena que dio lugar a un pueblo mestizo, que reclama la diversidad que representa la estructura auténtica del Ecuador.

Para el movimiento indígena ecuatoriano, el concepto de poder significa perfeccionar sus condiciones propias de vida, más bien es un concepto colectivo que reside en las comunidades indígenas, en la habilidad de las organizaciones de base para operar en las diferentes instancias del movimiento. Esto es lo que determina la

participación democrática de sus miembros en las comunas, el centro y la cooperativa. Pero si bien esto es importante para madurar políticamente en las luchas por sus reclamos más auténticos y la toma de conciencia de sus roles, no garantiza la efectividad de sus proyectos vistos a un nivel macro.⁴

Existen movimientos de una mayor proyección teórica y práctica, como por ejemplo, el Movimiento sin Tierra en Brasil, el cual surgió con un carácter social a fines de la década del 70 del pasado siglo, como consecuencia del aumento de los sujetos sin tierra por la modernización del capitalismo en el campo, el reinicio de las luchas democráticas contra la dictadura, que abrieron espacios para las tomas de tierra en el campo, y el trabajo político organizativo de la pastoral de la tierra y de los sindicatos combativos.

De la articulación de estas luchas, se organizó el Movimiento sin Tierra a nivel nacional con objetivos y propuestas más definidas. Su ideal principal es la lucha por la reforma agraria; para ello se ha enfrentado al latifundio, ha organizado la producción en las tierras tomadas y ha desarrollado un proyecto agroindustrial, educativo y cultural en los territorios tomados. Se ha articulado con el movimiento obrero brasileño, con otras fuerzas de izquierda, con la Iglesia Progresista y con el Partido de los Trabajadores, en función de la construcción de un proyecto popular alternativo al neoliberalismo.

Aunque el Partido de los Trabajadores ha logrado la victoria a nivel nacional, todavía es lento el proceso de reforma agraria en el país, por lo que el Movimiento sin Tierra no ha visto satisfechas sus demandas por parte del Gobierno de izquierda en el poder. El Movimiento sin Tierra es de avanzada, ha madurado social y políticamente, ha comprendido la necesidad de la unidad con otras fuerzas de izquierda, da su apoyo para la construcción de un proyecto alternativo al neoliberalismo, pero su programa tiene limitaciones dadas en que circunscriben sus demandas al problema de la tierra y el trabajo cultural comunitario de este tejido social, que tiene como base el campesinado unido a los indígenas. Su desafío mayor está en que sus proyectos alcancen dimensiones de carácter nacional en las estrategias políticas, sociales y económicas por desarrollar.⁵

10

Un movimiento social muy original en el contexto latinoamericano actual lo constituye el zapatismo. Su naturaleza y sentido provienen de un actor social y cultural que se lanza a un levantamiento

armado, proyectándose en la escena política. Agotadas otras vías para hacer escuchar sus aspiraciones y sus demandas, forma un movimiento armado que intenta construir un proyecto político y sociocultural en defensa de las comunidades indígenas chiapanecas. El zapatismo no se agota en un movimiento armado, sino que ha extendido su influencia a la sociedad civil mexicana a través del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN), que incluye un poderoso movimiento de actores civiles en el que se involucran los más diversos sujetos, lo que posibilita el contacto con otras fuerzas de izquierda en la búsqueda de un proyecto político alternativo al neoliberalismo, aunque con la limitación de que sus propósitos programáticos no rebasan del límite del sistema capitalista actual en México, sólo aspiran a su perfeccionamiento en cuanto a que tenga en cuenta el desarrollo de una amplia democracia participativa y la reivindicación económica, política y social de las grandes mayorías, fundamentalmente.

Su programa privilegia el problema de la mujer, de la tierra, de la participación democrática de todos en los destinos del movimiento y la defensa de la identidad cultural de la región en cuanto a sus tradiciones y forma de organización tribales, una evidencia de ello es que la jefatura del EZLN es en su mayoría indígena.⁶

El zapatismo no supone un repliegue comunitario ni un nacionalismo cerrado. Articula experiencias de comunidades heterogéneas, divididas, abiertas, de la democracia nacional, y el proyecto de una sociedad de sujetos individuales y colectivos, que se reconozcan y respeten en su diversidad. En torno a esto apunta Yvon Le Bot "El actor zapatista es étnico, nacional y universal. Se quiere mexicano pero sin dejar de ser indígena, quiere un México donde pueda ser reconocido y escuchado. Es universal, no a pesar de su propia identidad indígena, sino a causa de ésta".⁷

El zapatismo es portador de una triple exigencia política, ética y de afirmación del sujeto que se proyecta en las siguientes dimensiones: democracia, justicia, libertad y por encima de todo, dignidad. Jaime Cota, representante del EZLN, anota:

Los zapatistas civiles agrupados en el FZLN pensamos y sentimos al igual que nuestros hermanos del EZLN que la democracia que debe imperar es aquella donde el que mande, mande obedeciendo, una democracia donde los servidores públicos sirvan y no se sirvan. Una democracia donde si los funcionarios que fueron encargados de

realizar una tarea o un programa, no cumplen ni la tarea, ni el programa, puedan ser removidos del cargo inmediatamente. Una democracia donde los que se encargan de hacer las leyes consulten la opinión de sus representados y no decidan unipersonalmente. Una democracia donde los ciudadanos puedan proponer y decidir sobre las cosas que afecten su vida.⁸

Los zapatistas proponen una nueva forma de hacer política, alejados del poder. Una forma de hacer política que no coloca al poder como principio, se proyectan por apartarse del Gobierno y de sus respectivos cargos. Entienden el poder como una relación social amplia que se construye a partir del redimensionamiento del tejido social donde se desarrolla, siendo su ejercicio parte constituyente de las acciones de la propia comunidad, un poder donde prevalece el consenso y lo participativo, principio esencial que han logrado imponer en las comunidades indígenas donde se enclava.

Su propuesta limita y crítica los elementos vanguardistas de todo proyecto revolucionario. En lugar de verse a sí mismos como una vanguardia preclara que dota de línea a la sociedad, se ubica como generador de espacios político-sociales, en los que una serie de organizaciones, corrientes, grupos, clases e individuos buscan consensos y puntos de vista comunes para proponer la construcción de un México diferente.

El Ejército y el Frente Zapatista son fuerzas críticas del modelo neoliberal mexicano, y tratan de integrarse con todas las fuerzas de la sociedad civil para buscar un proyecto alternativo al poder neoliberal establecido en México. En síntesis, lo que persiguen es crear un movimiento que propicie, desde la sociedad civil, la derrota de la política desestructuradora del poder, avanzando en la creación de un polo de izquierda como fuerza social que se perfila como alternativa frente al poder del Estado y de los aparatos de control social.

El programa emancipatorio zapatista agrupa en seis grandes ejes sus demandas fundamentales: democracia, justicia, libertad, independencia, nueva constitución y la constitución de una fuerza política de nuevo tipo. El problema que el zapatismo no tiene resuelto es cómo realizar estas aspiraciones en las actuales condiciones económicas y políticas de México, donde la derecha se fortalece y se compromete con el acontecer de la política del

Gobierno norteamericano, sabotando cualquier medida que signifique una transformación a favor de las grandes masas empobrecidas.

Éste es su mayor desafío, porque aunque cambie la mentalidad de los sujetos comprometidos en el proyecto emancipatorio, sus roles políticos sean más creativos y profundos, y la forma de hacer política constituya una transformación estructural que permite ir cumpliendo con los ejes del programa, las transformaciones de gran alcance económico, político y social no pueden satisfacerse con una proyección teórica y política que no comprenda tomar el poder, porque todo se queda en el nivel del ideal y de las aspiraciones. Esta proyección no es revolucionaria, es reformista en los alcances y profundidad de las medidas que quieren adoptarse, y en lo fundamental es inviable.⁹

Se coincide con el criterio de Mely González expresado en su ponencia "El problema de la revolución, el poder y la democracia: nuevas visiones del zapatismo en la contemporaneidad", al señalar:

(...) es acertado que los zapatistas traten de prevenir contra la ilusión de que basta con la toma del poder para producir los cambios que tiene en perspectiva cualquier revolución popular, mas esto no excluye de por sí la necesidad de asumir el poder como paso inicial de una gran transformación. Las experiencias nefastas del socialismo real no deben llevarnos a la negación acrítica de estos postulados.¹⁰

La autora destaca el papel de los zapatistas en la creación de un frente de resistencia contra el neoliberalismo a favor de las comunidades indígenas de Chiapas y la defensa de sus valores culturales. Señala en el trabajo cómo el discurso zapatista ha variado a lo largo de estos años, en la década del ochenta se asemejaba al discurso común de los movimientos guerrilleros, en el 90 el énfasis se pone en la defensa de las comunidades indígenas, y en la actualidad, en el trabajo comunitario y en el reciclaje con la sociedad civil mexicana, lo cual se ha vehiculizado a través de la creación del Frente Zapatista para la Liberación Nacional y del llamado a todos los sectores a enfrentar las políticas neoliberales y entreguistas del Gobierno, para exigirle un cambio de política a favor de la sociedad mexicana.¹¹

La revuelta popular, por más amplia que sea, cuando no consigue traspasar el marco espontaneísta, pierde ímpetu, se diluye, no alcanza la fase que culmina con la derrota del poder y la implantación

de un nuevo orden social, que es su meta natural. Los actuales acontecimientos en Argentina confirman esa lección de la historia. Los movimientos sociales continuarán cumpliendo la función que tan útilmente han desempeñado. Es fundamental su intervención, pero en la próxima fase de la batalla corresponderá a los partidos revolucionarios un papel insustituible.

Las causas que desencadenaron las grandes revoluciones no han desaparecido, más bien persisten agravadas, las luchas de los oprimidos y excluidos contra el sistema de poder imperial que amenaza a la humanidad, se esboza como exigencia que reactualiza las ideas de la revolución humanista. Es en estas luchas sociales que la participación del Partido Revolucionario surge como necesidad. En la gran batalla ideológica en movimiento, la burguesía está haciendo lo posible por neutralizar, dividir y destruir los partidos marxistas revolucionarios. No porque ellos sean instrumentos políticos obsoletos, sino porque teme que se mantengan fieles al ideario y compromiso que justifica su existencia.

Cuando en América Latina se debate la búsqueda de alternativas contra el capitalismo neoliberal, algunos movimientos sociales plantean que éste, por su enorme poder, no puede ser derrotado; por tanto, conciben la alternativa como la reforma del capitalismo, en consecuencia, renuncian a la revolución.

Se coincide con Luis Arce cuando señala:

La tarea es tan ciclópica que, por la desproporción de fuerzas, no parece realizable. Pero casi todas las grandes revoluciones se han concretado contra la lógica aparente de la historia. El capitalismo no desaparecerá a través de reformas. Pero la propia escalada del imperialismo estadounidense en búsqueda de la dominación planetaria, al dejar entrever el rostro de un fascismo neocolonial de nuevo tipo, tiende, por su irracionalidad y agresividad, a abrir fisuras en las murallas de la fortaleza capitalista.¹²

La situación actual en América Latina, en todos los órdenes, demanda no desconocer a ninguna de las fuerzas de izquierda que actúan de una forma consciente o no contra el capitalismo neoliberal. Corresponde a los partidos o frentes de izquierda que optan por una concepción revolucionaria hacia la toma del poder, atraer hacia su seno a estos movimientos sociales en la creación de un frente de izquierda amplio, que posibilite cerrar filas contra la derecha y el imperialismo, e implementar los programas

revolucionarios desde el poder, como lo hace hoy el proyecto bolivariano, que se ha constituido en vanguardia ejemplo para toda la izquierda latinoamericana, por sus métodos para lograr la unidad y hacer viable el proceso de cambios de una manera firme y decidida.

La transición de los movimientos sociales de una posición defensiva y no anticapitalista a una posición ofensiva anticapitalista, y en pos de la búsqueda de una alternativa de cambios estructurales profundos, es el reto mayor que tiene ante sí la izquierda latinoamericana, urgida de unidad y de profundizar en sus proyectos emancipatorios sobre el poder, y se potencie la democratización de la sociedad civil con el poder del Estado revolucionario.¹³

Francois Houtard en torno a esta situación que analizamos valora que:

(...) utilizamos el plural para hablar de "las alternativas" ya no es posible de un único modelo rígido portador de todas las soluciones... Es preciso construir las alternativas colectivamente y de forma permanente en función de un hilo conductor que podríamos llamar en el sentido positivo del término utopía. Sin embargo para poder ser realizada a largo plazo, la utopía sólo puede ser postcapitalista. La misma no puede contentarse con un simple arreglo humanista de las relaciones sociales existentes o de las regulaciones propuestas por el neoclasicismo económico o por el liberalismo social.¹⁴

Para combatir al enemigo común tenemos que sumar fuerzas. Los próximos años serán testigos del fortalecimiento de los partidos revolucionarios como instrumento indispensable de grandes transformaciones históricas. Porque la era de las revoluciones, contrariamente a lo que proclaman los teóricos del neoliberalismo, no ha acabado. Por primera vez en la historia, la contestación a una política que afecta a la casi totalidad de la humanidad comienza a encontrar una respuesta que es también global. El rechazo moviliza a millones de personas en todos los continentes. Nunca antes se había asistido a un acontecimiento de tal magnitud social y política.

Notas y Referencias Bibliográficas

- 1 Emir Sader, "La izquierda latinoamericana en el siglo XXI", en Revista *Chiapas* No. 12, <http://www.ezln.org/revistachiapas/chiapas>, 2003.
- 2 Miguel Urbano Rodríguez, "Revolucionarios, rebeldes y falsos renovadores", en <http://www.rebellion.Org/izquierda.htm>, 25 de abril de 2002.
- 3 Ricardo Vicente López, *América, el poder y la liberación*, Argentina, Ediciones de la Universidad Nacional del Sur, 2003.
- 4 Eugene Gogol, "Las luchas indígenas, dimensiones de la etnicidad, las clases y el género; la relación de la cultura y la resistencia", en *El concepto del otro en la liberación latinoamericana*, págs. 251-266.
- 5 Entrevista a Joao Pedro Stédile, miembro de la Dirección Nacional del MST en Brasil, en revista, *América Libre* No. 13, págs. 68-72. Asimismo puede consultarse de James Petras, "Restauración, imperialismo y revolución en los años 90", en *Imperio contra resistencia*, págs. 222-250.
- 6 Ana María Ezcurra, "Globalización, neoliberalismo y sociedad civil: algunos desafíos para los movimientos sociales y populares latinoamericanos" en revista *Pasos* No. 71, págs. 26-29.
- 7 Yvón Le Bot, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, pág. 22.
- 8 Jaime Cota: "De crisis, creaciones y arcoiris", en *América Libre* No. 14, pág. 47.
- 9 En una entrevista realizada por el periodista mexicano Julio Scherer al subcomandante Marcos, éste fundamentó su posición en relación con la problemática "reforma o revolución". En tal sentido, el líder del EZLN situó su posición al definir que el revolucionario clásico no es el que ellos siguen como paradigma, ya que él entiende al revolucionario como un político, y al rebelde social como un reformador social, el revolucionario pretende transformar las cosas desde lo alto y no a partir de la base, al contrario del rebelde social. El revolucionario se propone: haremos un movimiento, tomamos el poder y a partir de la cima transformo las cosas. Y el rebelde social no. El rebelde organiza a las masas, y a partir de la base va transformando sin tener que proponerse la cuestión del poder".

Marcos atribuye al revolucionario una concepción vertical del poder que excluiría la participación popular. Es una definición voluntarista y reductora sobre la cual discrepo. La afirmación de que el rebelde social organiza a las masas deforma, por ser generalizadora, la realidad. Sin embargo, se considera importante que el dirigente del EZLN plantee la cuestión del poder para el zapatismo con tanta franqueza en la perspectiva reformista.

Marcos es sincero cuando condena al capitalismo y lo considera incompatible con las aspiraciones del hombre. Pero tanto en la teoría como en la práctica de su movimiento, al defender la lenta transformación de la sociedad a partir casi de cero, no significa una amenaza para el capitalismo.

El capitalismo mexicano no se siente en peligro cuando los adversarios quieren derrotarlo a través de reformas graduales. Considera el proyecto utópico. Es esclarecedor que las televisiones de decenas de países hayan transmitido para todo el mundo la marcha de los comandantes zapatistas hacia la ciudad de México y el discurso que Marcos pronunció en la Plaza del Zócalo.

El sociólogo chileno Hugo Zemelman intervino recientemente en la polémica planteada en torno a la cuestión del poder, colocándolo en una perspectiva marxista: "Para mí -afirmó- un revolucionario es por definición un rebelde, pero no siempre un rebelde es un revolucionario". Y para esclarecer las cosas, añadió: "Un rebelde enfrenta el sistema, formula alternativas, cumple una función crítica, pero no siempre coloca la transformación del sistema a través de la toma del poder. El revolucionario trata de cambiar el sistema, no de entrar en él, trata de destruirlo, de cambiarlo".

Y abordando la "vieja discusión con respecto a la contradicción entre partido y movimiento social" dice que es obvio lo que muchos simulan ignorar: "creo que el movimiento social, la rebeldía social es fundamental para mantener a los partidos en alerta permanente, al mismo tiempo que los partidos son necesarios para llevar hacia delante las transformaciones". El sistema de poder de los EE.UU. tolera, con muchas restricciones, algunos rebeldes sociales, no acepta a los revolucionarios, sean ellos colombianos, palestinos, bolivarianos, de Venezuela, sin tierra brasileños o a aquellos comunistas fieles a su ideología y a sus principios.

Esta posición abiertamente declarada, sitúa al subcomandante Marcos y al movimiento zaoatista que él liderea en las posiciones del reformismo, lo que hace inviable su proyecto emancipatorio, ya que a pesar de todos los aportes que han alcanzado en la región de Chiapas en relación con la situación de los indígenas, los mismos mantienen su situación de abandono casi total y de explotación bárbara.

- 10 Mely González Aróstegui, "El problema de la revolución, el poder y la democracia: nuevas visiones desde el zapatismo en la contemporaneidad". Ponencia presentada en conferencia internacional Carlos Marx y la contemporaneidad. La Habana, mayo, 2003 en <http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/index.htm>. pág. 25.

11 _____ *ibíd.*, págs. 19-31.

12 Luis Arce, Revolución o reformismo (III parte), en *Rebelión. La izquierda a debate*, 21 de octubre de 2003 en <http://www.rebelión.org>.

- 13 Alina López Hernández *et al*, *Aprendiendo las lecciones: La izquierda latinoamericana hoy*, Universidad de Matanzas "Camilo Cienfuegos", (ponencia presentada al evento científico Carlos Marx y la contemporaneidad), febrero de 2003 en <http://www.nodo50.org/cuba/sigloXXI/eventos.htm>
- 14 Francois Houtard, "La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo", en *Políticamente incorrecto*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2004.

Bibliografía

- Arce, Luis, Revolución o reformismo (III parte) en *Rebelión. La izquierda a debate*, 21 de octubre de 2003 en <http://www.rebelión.org>.
- Cota, Jaime, “De crisis, creaciones y arcoiris” en revista *América Libre*, No. 14, pág. 47.
- Entrevista a Joao Pedro Stédile, miembro de la Dirección Nacional del MST en Brasil, en *América Libre*, No. 13, págs. 68-72.
- Ezcurra, Ana María, “Globalización, neoliberalismo y sociedad civil: Algunos desafíos para los movimientos sociales y populares latinoamericanos” en revista *Pasos* No. 71, págs. 26-29.
- Gogol, Eugene, “Las luchas indígenas, dimensiones de la etnicidad, las clases y el género, la relación de la cultura y la resistencia”, en *El concepto del otro en la liberación latinoamericana*, págs. 251-266.
- González Aróstegui, Mely, El problema de la revolución, el poder y la democracia: nuevas visiones desde el zapatismo en la contemporaneidad. Ponencia presentada en la conferencia internacional Carlos Marx y la contemporaneidad, LaHabana, mayo 2003, en <http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/index.htm>. págs. 19, 25, 31.
- Houtard, Francois, “La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo”, en *Políticamente correcto*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2004.
- Le Bot, Ivón, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, pág. 22.
- López Hernández, Alina *et al*, Aprendiendo las lecciones: La izquierda latinoamericana hoy, Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Ponencia presentada al evento científico Carlos Marx y la contemporaneidad, febrero de 2003 en <http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/eventos.htm>
- López, Ricardo Vicente, *América, el poder y la liberación*, Argentina, Ediciones de la Universidad Nacional del Sur, 2003.
- Petras, James, “Restauración, imperialismo y revolución en los años 90”, *Imperio contra resistencia*, págs. 222-250.
- Rodríguez, Miguel Urbano, “Revolucionarios, rebeldes y falsos renovadores”, en <http://www.rebelion.org/izquierda.htm> , 25 de abril de 2002.
- Sader, Emir, “La izquierda latinoamericana en el siglo XXI”, en revista *Chiapas*, No.12, <http://www.ezln.org/revistachiapas/chiapas>, 2003.
- Sader, Emir, “La izquierda latinoamericana, en el siglo XXI”, en revista *Chiapas*, no. 12, <http://www.ezln.org/revistachiapas/chiapas>, 2003